



3 de agosto de 1879

FIESTA DE LOS SOBERANOS PONTÍFICES

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Hoy celebramos la fiesta de todos los santos Papas, no sólo de los que están canonizados, sino de todos los que reinan en el cielo, después de haber sido los jefes de la Iglesia en la tierra.

Encuentro muy consoladora esta celebración, porque nos permite unirnos a los pontífices que la Iglesia ya ha puesto en el rango de los santos, aquellos a quienes hemos conocido y amado, como nuestro santo Padre Pío IX. Quién puede dudar, después de los edificantes recuerdos que ha dejado, que está en el número de santos que veneramos hoy. Varias personas piadosas tuvieron una especie de revelación de que entró en el cielo pocos días después de su muerte. Alguien, me parece a mí, dijo once días. En fin, está ahí, nuestro amor filial no nos engaña; él es uno de los que honramos en el oficio de este día.

Si estos pontífices trabajaron tanto por la Iglesia, si dieron su vida por ella, tenían también un gran amor por la perfección de las almas y han puesto mucho cuidado en todo lo relacionado con la vida religiosa. Establecer bien la Regla de cada Instituto es una de las grandes ocupaciones de la Iglesia de Roma.

Todo lo que nos toca, a los religiosos, es objeto de bulas, de trabajo, de cuidados muy particulares: qué sacerdote nos confesará, qué dirección recibiremos, de qué manera seremos gobernados, en una palabra, todo aquello que pueda ayudarnos a alcanzar la perfección de nuestra vocación. ¿Creéis que estos santos en el cielo tienen menos solicitud no sólo por la Iglesia, que experimenta hoy tan grandes necesidades y por las que tanto debemos rezar, sino también por nosotras, por nuestro Instituto, por nuestras obras, por el alma de cada una de nosotras?

Recomendémonos, pues, con confianza a San Pío IX, que aprobó nuestro Instituto y le dio su existencia. Sin duda cuida de nosotras desde lo alto del cielo. Está preparado para escuchar las oraciones que le hacemos por nuestra perfección.

Quisiera señalar una segunda cosa en esta fiesta de los Sumos Pontífices. ¿En qué se basa el colmo de honor que alcanzaron? Como el honor no es gran cosa, digamos el colmo del servicio y el colmo de la perfección a la que llegaron, ¿si no en la fidelidad a su vocación?

Los inicios de cada uno de ellos son generalmente muy humildes. ¿Qué era cada Soberano Pontífice en particular? San Pío V, por ejemplo, era de una familia ilustre, es cierto, pero esta familia había caído en la pobreza: era un niño pobre, que cuidaba cabras en las montañas, hasta que un dominico sorprendido por su inteligencia se ofreció a instruirlo, lo que aceptó con entusiasmo y agradecimiento. Llegó a ser este gran santo, este admirable Pontífice, una de las mayores glorias de la Iglesia.

Y Pío IX, del que hablábamos. ¡Qué prueba en su vocación! Era de una familia noble italiana. Cuando declara su vocación está afectado por una terrible enfermedad que por lo general cierra las puertas del santuario. Él persevera, y cuando finalmente dice su primera misa en la capilla de un orfanato, su alegría es inmensa. No se atrevía a esperar esto. Cuidar de estos pobres niños, poder confesarlos, decir misa por ellos, parecía más allá de su ambición.

Vemos claramente, cuando estudiamos la vida de Pío IX, que nunca dudó de la bondad de Dios, que nunca se preocupó de sí mismo; y este es el ejemplo que quiero proponer a las hermanas que comienzan su vida religiosa. No tenéis que preocuparos de vosotras mismas; tenéis que abandonaros, poner os en las manos de Dios y encomendarle vuestro futuro. Y él se encargará de ello. Santa Catalina de Siena decía a nuestro Señor: *Dios mío, cuida de mí y de los míos, y yo te cuidaré*. Nuestro Señor respondió: *Hija mía, Catalina, yo cuidaré de los tuyos; tú ocúpate de mí*.

Que las que entran en la vida religiosa desarrollen siempre en ellas esta disposición, este sentimiento de no cuidar los intereses que les atañen; sino entregarse a nuestro Señor, para servirle ardentemente, fielmente, a contar con él, con su bondad, con su misericordia, en todas las preocupaciones que puedan cruzar la mente humana, teniendo sólo una, el de ser muy fieles a su vocación.